

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Boris Pahor

# Necrópolis

Prólogo de Claudio Magris

Traducción del esloveno de Barbara Pregelj



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Titulo de la edición original:*  
Nekropola  
Mladiuska kujiga  
Liubliana, 1997

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Maurizio Ceccato / IFIX project

*Primera edición: mayo 2010*

© De la traducción, Barbara Pregelj, 2010  
© Boris Pahor, 1997  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7536-2  
Depósito Legal: B. 17556-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

# Necrópolis

*A las manos de todos aquellos que no han vuelto*

La ceniza fría cubre las sombras.

SREČKO KOSOVEL

Pero el día en el que los pueblos comprendan  
quiénes fuisteis, morderán la tierra de tristeza  
y rencor, la bañarán con sus lágrimas y os eri-  
girán templos.

VERCORS

Es domingo por la tarde y la cinta de asfalto que, pulida y sinuosa, sube cada vez más arriba de las montañas, no es tan solitaria como me hubiera gustado. Algunos coches me adelantan, otros vuelven a Schirmek, en el valle, de manera que el tráfico de turistas rompe mi recogimiento, banalizando lo que había esperado encontrar. Sé que también yo con mi vehículo formo parte de esta procesión motorizada, pero aun así pienso que, por mi antigua vinculación con este lugar, si hubiese llegado solo, mi presencia no habría cambiado la imagen onírica que ha permanecido, intacta, en la sombra de mi conciencia desde el final de la guerra. Noto que dentro de mí ha despertado una especie de rebelión incomprensible, una rebelión contra el hecho de que este lugar montañoso que forma parte de nuestro mundo interior ahora esté abierto y desnudo. Y a esta rebelión se unen también los celos: no sólo porque los ojos ajenos de los turistas se paseen por el ambiente que fue testigo de nuestra anónima cautividad, sino también porque sus miradas (y de eso estoy completamente seguro) nunca podrán penetrar en el abismo del mal con que fue castigada nuestra fe en la dignidad humana y en la libertad de nuestras deci-

siones personales. Pero, a la vez, desde no se sabe dónde, inevitable, casi inoportuna, se introduce la satisfacción de que los montes de los Vosgos ya no son un lugar escondido de aniquilación retirada que se consume dentro de sí mismo, sino que a él se dirigen los pasos de una numerosa multitud predispuesta emocionalmente a intuir lo singular del inconcebible destino de sus hijos perdidos, aun cuando no es lo suficientemente madura para poderse lo imaginar.

Es cierto que la subida a este remoto lugar de montaña recuerda al afán peregrino hacia las faldas escarpadas de los montes sagrados. Pero esta romería nada tiene que ver con aquella veneración contra la que luchaba con tanto empeño Primož,<sup>1</sup> quien deseaba que el hombre esloveno despertase a una fe interior, en vez de dispersarse en una ritualidad superficial y multitudinaria. Aquí, la gente de todos los países europeos se une en las terrazas de las altas montañas donde la maldad del hombre triunfaba sobre el dolor humano, casi imprimiéndole al exterminio el sello de eternidad. Pero los peregrinos modernos no han venido en busca de una milagrosa sublimación de sus deseos, sino que han subido aquí para pisar un suelo verdaderamente sagrado, y para rendir homenaje a las cenizas de personas iguales a ellos, que con su presencia muda erigen en la conciencia de los pueblos un hito inamovible de la historia humana.

En las curvas estrechas seguramente no pienso en aquel camión que avanzaba balanceándose desde aquel lugar llamado entonces Markirch llevando un baúl con nuestro pri-

1. Primož Trubar (1508-1586), reformador protestante y autor del primer libro escrito en esloveno. (*N. de la T.*)

mer difunto sin que yo supiera que estaba sentado sobre un arca tan triste; aun así, el aire frío de la nieve me habría paralizado cualquier pensamiento que hubiera podido infiltrarse en mi conciencia. No, no soy capaz de pensar de manera clara en ninguna de las imágenes que, envueltas y encorvadas, permanecen dentro de mí como un racimo de uvas marchitas y enmohecidas. Miro la capa del asfalto pulido delante del salpicadero de mi vehículo y preferiría tener delante un camino revuelto y lleno de agujeros que me introdujera en un ambiente más propio del pasado. Pero noto a la vez la molicie y el egoísmo del conductor moderno, acostumbrado a avanzar rápidamente y con suavidad. De pasada, procuro encontrar en el territorio esloveno un camino de montaña con el que podría compararse el camino sinuoso que va desde Schirmech hasta Struthof. Evidentemente, enseguida se me aparece el camino serpenteante del paso de Vršič, pero allí la vista se abre sobre un anfiteatro único de picos rocosos que aquí no aparecen. ¿Y la carretera que va de Kobarid a Drežnica? Podría ser. Aunque tampoco del todo, porque aquí no hay ningún monte de Krn con sus cegadores escollos. Tal vez este camino de los Vosgos se parece más bien al camino encorvado que sube desde Kobarid hacia Vrsno. Al igual que aquí, también allí el bosque se aparta de vez en cuando sin alejarse del todo; sin embargo, aquí no hay rocas, sino que el terreno se disemina suavemente desde las redondeces cubiertas de los bosques a los ondulantes prados, para volver a detenerse al fondo en una oscura masa de árboles. Ya no me acuerdo de si en las laderas de Vrsno hay abetos como aquí. Probablemente no.

La carretera sigue subiendo por la montaña, pero ahora de vez en cuando la acompaña la blancura de las rocas



talladas en donde las herramientas humanas han dañado la línea verde de las caderas de la tierra para encarnizarse en su concentrada fuerza oculta.

En este momento, hacia la izquierda de la carretera se desvía una franja amplia y larga de terreno que lleva a la entrada. Seguramente algún día aquí habrá una arboleda, pero ahora todo el lugar está lleno de autobuses y coches particulares, distribuidos a lo largo y ancho, así que no puedo evitar pensar en el aparcamiento delante de la cueva de Postojna. Y con todas mis fuerzas me resisto a la secuencia de imágenes de turistas suizos y austriacos de la tercera edad, y de sus encanecidas compañeras que con sus manos aprietan firmemente las cintas de sus bolsos pasados de moda y giran sus cabezas en dirección a la voz del guía como gallinas que en un grito de alarma despertaran de su minucioso y fútil trabajo, y rápidamente levantarán su periscopio rojo. Lo más sincero y honesto sería irme y volver mañana por la mañana, cuando el ambiente de la jornada laboral protegiera con más piedad el aislamiento de las terrazas escalonadas. Pero mañana me esperan nuevos paisajes, de manera que me dirijo hacia la entrada con la conciencia de ceder ante una automática, y por lo tanto también estéril, fidelidad al itinerario preestablecido, en vez de dejar que un lugar me impresione o alejarme de él. Como siempre, también esta vez siento la necesidad de un viaje rápido e intrépido, ahora que sobrevive en mí la nostalgia de poder concentrarme con tranquilidad y sin límites, para establecer una relación auténtica con la tierra y el mar, con las calles de las ciudades y sus casas, las caras y las personas que la vida me ha puesto en el camino; pero la velocidad y la rapidez me empujan febrilmente hacia delante, y así mis ojos sólo registran imágenes superficiales que se dispersan como espuma contra la proa de una lancha que corre a

toda velocidad. Y al final me consuelo diciendo que sólo por el hecho de sentir nostalgia por el tiempo que transcurre silenciosamente ya soy rico, como si la sola conciencia de que nos falta algo fuera ya en sí un gran valor. Probablemente eso sea cierto. Y seguramente siempre había sido así, aunque para un número reducido de personas. En cambio, hoy día somos pobres por el exceso de imágenes e impresiones; hemos desmenuzado nuestro amor, alejándonos de él. Hemos hecho justamente lo contrario de lo que hacen las abejas, dispersando el polen sobre un millón de cosas, y a pesar de que una voz silenciosa nos lo niega, seguimos pensando que un día recuperaremos el tiempo preciso para llenar la colmena que hemos vaciado.

Es absurdo, pero me parece que los turistas que vuelven a sus vehículos me miran como si de repente mis hombros hubieran sido cubiertos por una chaqueta de rayas y mis zuecos volviesen a triturar las piedras pequeñas del camino. Es una quimera incontrolada que confunde dentro de mí el pasado con el presente; pero no deja de ser cierto que hay momentos en los cuales el hombre emite un fluido invisible y fuerte que los demás perciben como la presencia de algo ajeno, extraordinario, que les sacude como un barco que topa con una ola inesperada. Quizá dentro de mí queden realmente algunos restos de mi pasado; y con esta idea procuro andar concentrado, pero me molesta que mis sandalias sean tan ligeras y mi paso mucho más ágil de como sería si llevara calzado de tela con la suela de madera gruesa.

La puerta de madera está recubierta con alambre de espino y cerrada como entonces. Todo está intacto, faltan únicamente los guardias en las torres de madera. Hay que

esperar delante de la puerta. Sólo que ahora desde la caseta, hecha también de madera, viene un guardia que abre la puerta y deja entrar, en el establo sin alma situado en lo alto, a grupos de personas en intervalos regulares. Gracias a este orden en las terrazas del campo de concentración predomina una especie de recogimiento; el sol de julio controla persistentemente el silencio, roto sólo de vez en cuando por el eco de las palabras del guía, que resuenan como la voz entrecortada de un predicador resucitado.

Efectivamente, el guardia me reconoce, lo cual me sorprende porque no podía imaginar que recordaría mi visita de hace dos años. «*Ça va?*», me pregunta. Y esto basta para crear un ambiente de camaradería que rompe instantáneamente todas las conexiones con el bullicio turístico. Es un hombre de cabello oscuro y feo. Es bajo, nervudo y ágil; si llevara linterna y casco, podría pasar por un auténtico minero. Pero es muy seco y todo indica que también testarudo; se nota que delante de mí, de un antiguo prisionero del campo, siente una vergüenza difícilmente dominable por ganarse su sueldo mostrando el lugar de nuestra agonía. De ahí que en el hecho de dejarme entrar solo en el territorio detrás del alambre de espino se esconda, además de un afecto entre camaradas, también un ápice de deseo de perderme de vista cuanto antes. Estoy seguro. Pero no me lo tomo a mal, porque sé que a mí también me hubiera resultado difícil hablar ante un grupo de visitantes sabiendo que me escucha alguien que estuvo conmigo en el mundo del crematorio. Cada palabra mía sería entonces controlada por el miedo a deslizarme en la banalidad. Y además sobre la muerte, como también sobre el amor, uno puede hablar sólo consigo mismo y con la persona amada con la que se ha fundido. Ni la muerte ni el amor soportan testigos.